



Martín Tecedor Peña: escultor del pensamiento

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Jesús Sáenz de Pipaón Alfaro

La cantería suena hoy en día a catedrales y a Edad Oscura, pero en Ezcaray todavía hay alguien dedicado a sacar a la luz las figuras que duermen en cada bloque. Martín Tecedor Peña, cantero, se ha pasado la vida dando forma a su imaginación en piedra. Tan sólo hace arte.



Quedo con Martín Tecedor a las cinco en su taller. Día frío y lluvioso de finales de otoño en pleno Ezcaray. Llego con tiempo y paseo hasta la Iglesia de Santa María la Mayor, preciosa iglesia de fachada gótica comenzada en el siglo XII y finalizada en el XVI, para contemplar algunas de las obras de Martín. La fuente ornamental de dos piezas y tres caños que recibe al visitante en la plaza de la iglesia y el crucero que marca la bifurcación del camino.

Me caliento el cuerpo con un té y me dirijo hacia el lugar acordado.

“Está detrás del edificio de la antigua Fábrica de Telas” me ha dicho como indicación. Día gris salpicado de charcos y una puerta medio abierta de la que sale luz. Dudo, ¿será el taller? Es un poco pronto todavía, pero la luminosidad que emana el sótano me envalentona y me decido. Bajo tres peldaños y saludo en alto ante la indecisión de dos puertas, diestra y siniestra. Desde la derecha aparece un anciano, frente tersa, cara surcada por la edad. Manos firmes y venosas.



La letra, hecha roca.

Jersey de pico marrón encima de una camisa de cuadros marrones oscuros; boina ladeada, gafas grandes y amarillas; calzado con unas zapatillas de andar por casa, también marrones, me da la bienvenida. La habitación es baja, llena de tonos pardos sólo interrumpidos por el blanco yesoso de la pared. Parece un museo, flanqueada por tallas en piedra y madera. Decorada con un par de cuadros, fotos, llaves antiguas de hierro forjado y libros rodea al



El taller del artesano, aquí crea su arte.



artesano y lo hace suya. Pienso que si no fuera por los pantalones vaqueros decoloridos que viste podría pasar por una de sus figuras. Pero estoy equivocado, rezuma vida.

¿Vienes tú sólo? me pregunta al presentarme. Respondo afirmativamente y me introduce en su mundo de figuras románicas, columnas con relieves ornamentales y animales imposibles. La entrevista poco a poco se convierte en una charla amena. No hay entrevistador y entrevistado. Martín es hablador y risueño, es un placer compartir el tiempo con él.

Ha dedicado la mayor parte de su tiempo libre, **la vida**, como él dice; a la talla, aunque se jubiló en la construcción. Tiene 82 años. Nieto e hijo de canteros lleva la artesanía en la sangre. **Empecé a los 12 años en el taller de mi abuelo, aunque si no naces con el arte no hay nada que hacer**, explica con el convencimiento de la experiencia. Hago las cuentas mentalmente, 70 años manteniendo un amor incondicional por el arte de la piedra. Más que muchas vidas. Uno de sus hijos que talla bien, pero parece que la saga concluirá con él, **-ésto prescribe, majo, se muere-** me dice, **ahora estamos en una racha en que se está fomentando mucho el deporte. Los chavales están metidos en el deporte y el trabajo desaparece.** Lo achaca a la importancia de la inmediatez en nuestra época, **-la gente quiere dar un golpe y cobrarlo. Y en el Arte no se puede estar a cobrar, hay que estar nada más que a trabajar, no pensando en lo que te van a dar. Hay que estar montones de horas de balde, montones.** Después, pensativo, admite que hay que comer y que hoy en día la talla no da, que incluso él la ha tenido más como pasatiempo.

Me lleva por la habitación mostrándome orgulloso sus obras, aquí un capitel, allá un libro tallado en piedra, más allá un Shisa, elemento protector de la mitología japonesa con forma de perro leonado...

Y se detiene ante un castillo medieval tallado



Fuente cedida por Martín al pueblo de Ezcaray.



de una pieza. Las almenas están pobladas de soldaditos de plástico y en el foso habitan tres cocodrilos amenazantes del mismo material. ***Esta es la que más me gusta y gusta, los críos se vuelven locos. Cuando lo llevo a exposiciones y llega la noche le meto una linterna dentro y parece que están viviendo en el castillo***, sonrío cuando me lo explica recreando la imagen en su cabeza. Pero muchas de sus figuras no han tenido esa suerte y desde su nacimiento permanecen inmóviles en esa habitación. ***Por eso todavía tienen el tono blancuzco del cincel***, - me explica, - ***pero en la calle estarían preciosas. Con el sol, el aire y el agua... las pondría marrones. Agua y sol.***

Cada una de sus tallas tiene una historia. ***Este escudo de La Rioja lo llevamos a Sevilla, a la Expo y este Belén tallado se lo regalé a la iglesia de pueblo junto con la fuente.*** Doy gracias por haber traído la grabadora. Me llama la atención una mesa de piedra de más de metro y medio de diámetro y cerca del metro de altura que cubre toda una esquina del cuarto. Es impresionante. Me detengo para observarla. ***La saqué de un solo bloque. Con que la querían comprar unos japoneses***



Castillo medieval para niños.

que vinieron aquí con un chico amigo mío, -me aclara al darse cuenta de mi interés.- ***Pero no quiero vender las cosas. ¡Si no me sacan de ningún apuro! Y luego yo fastidio mi museo y yo aquí soy muy feliz.*** Aprovecha la anécdota para reivindicar el papel del artesano en nuestra comunidad: ***esta provincia, la nuestra, la están dejando muy abandonada. Aquí se***



El Románico es fundamental en su obra.



habla mucho del vino, las patatas, labradores; pero de arte y artesanos muy poco. ¡Y el realce que da a los pueblos y a La Rioja! Pero no saben apreciarlo. No lo dice con un tono de tristeza, más bien es resignación lo que deja entrever.

Nos dirigimos hacia su taller y se para delante de un bastonero. *Mira*, –señala cogiendo uno de los bastones–, *uno como éste le regalé a Pedro Sanz, ¡marchó más contento! Un día que vino al Ayuntamiento le pregunté por el bastón y me dijo que lo tenía en la sala de decorativo.* Una puerta de roble con relieves rectangulares defiende el habitáculo, *Santa Santorum* de su imaginación.

Está ordenado, pero me produce cierta sensación de caos. Es muy pequeño, tan sólo hay sitio para el artesano, sus útiles y su obra. Cinceles planos, escalfiladores, punteros y gradinas de varios tamaños reposan en una mesa de madera junto a una prensa. En la pared, sierras, barrenas, reglas y lijadoras para el trabajo con la madera. Y en

el centro, iluminada por una bombilla, reposa sobre tacos de madera una talla de aspecto románico casi terminada. Martín aprovecha y empieza a cincelarla con delicadeza mientras hablamos, – *le estoy haciendo las botitas.*

No utiliza bocetos, tan sólo se fija en fotos de esculturas e ilustraciones en libros de arte, el resto, lo saca de su cabeza. *El dibujo me sirve para poco, tengo que rebajar y no me sirve para nada. Mira, dibujo por aquí,* – y hace una marca con un lápiz afilado a navaja en la figura – *pero para qué, si luego lo tengo que borrar todo para sacar los relieves. Más que nada es, en la piedra,*

cabeza, tanto; hombros, tanto; – y ejemplifica su punto de vista en el santo – ir viniendo siempre a los pies. Hay que ir directamente a la piedra. Y luego horas, horas, horas; días, días, días. Con esta talla llevaré un mes, cuatro semanas, aunque como no lo hago para vender, nunca he calculado cuánto me cuesta terminar una piedra.



Utiliza bloques de piedra arenisca marrón, *de este tipo hay en Ezcaray y Valgañón y llega hasta Mansilla. De Santurde para abajo ya no hay piedra roja. La Catedral de Santo Domingo y la de Logroño, La Redonda, ya no están construidas con este tipo de piedra.* Los consigue de los sillares de las casas antiguas derribadas de la comarca, así como la madera, que recoge de las vigas de roble o nogal que sostenían hace años estos edificios. *Esos bloques no se pueden trabajar así de primeras, hay que prepararlos. Estas piedras vienen irregulares totalmente, hay que cuadrarlas que se llama y cuesta tiempo, y luego la talla.* Ahora, si le encargan algún trabajo, sobre todo escudos heráldicos, le mandan los bloques ya cortados de fábrica con las dimensiones adecuadas para la figura que quieren que les esculpa. Me enseña algunas, son perfectas de medida y no tienen ni una falla, - *que vengan así facilita mucho las cosas.*

Aparte de a la iglesia del pueblo, ha cedido alguna obra a la Comunidad, uno de sus



escudos reposaba en el Palacete del Espolón y ahora lo han trasladado a una casa que tiene el Gobierno autonómico en la zona de Cameros. No me sabe decir dónde. Pero no quiere que sus tallas reposen en un museo, *¡ya lo tienen aquí! El que quiera que venga a verlo aquí, más no puedo hacer.* En verano, sobre todo, recibe muchas visitas de gente que viene al pueblo. Observan sus obras y le piden prestados bastones para dar paseos que él amablemente cede.

Se produce el primer silencio de toda la tarde, - *es como el que colecciona sellos o mariposas. No me río de ellos, no. Ya sé por dónde andan y lo que llevan en la cabeza.* Así lo rompe.

Me despido prometiéndole que le traeré un ejemplar en cuanto se publique. *¿Qué más tienes que hacer por ahí?* - pregunta. *Pues tú descifras tres o cuatro palabras y ya está. Martín, cantero, tal, cual. Un poco de historia. Ya viene de sus antepasados, su abuelo... Lo vas adornando un poco y ya está.*

Salgo a la calle en dirección al coche. Él se ha quedado en el sótano. Me lo imagino andando hacia el taller, cogiendo martillo y cincel para, después de mirar la talla por un segundo, golpearla suavemente. Seguro que sigue haciéndole las botitas.

